



Semblanza de Morelos

Su grandeza la registra la historia. Su acción perdura en la vida de México y orienta e ilumina el destino de la patria.

MONTADOS VARONES MERECEN COMO ÉL, título de conductor, de caudillo si por él entendemos al ser que, penetrado de un ideal, lo engrandece en su alma, lo acrecienta y magnifica en su pensamiento y lo cristaliza con el sacrificio de su propia vida.

Ver la patria libre fue el ideal que impulsó a Morelos a luchar hasta el fin; la fuerza que incontenible le arrastró a combatir en lucha desigual la sujeción espiritual y material en que vivía su pueblo, y las desigualdades sociales y económicas existentes; a aliviar las carencias de todo género que le afligían; a posibilitarle el goce de los frutos de su trabajo y de los dones que la naturaleza le ofrecía; a abrirle las vías de su desarrollo intelectual, el afianzamiento de sus valores morales y su organización como pueblo y como nación de acuerdo no sólo con los principios jurídicos y políticos más válidos y operantes de su tiempo, sino con base en los incombustibles fundamentos que la justicia y el derecho eterno sustentan y otorgan a todos los hombres.

Patria y libertad, ideal nobilísimo y elevado que Morelos transformó en bandera y consigna, le llevó no sólo a tratar de liberar a la nación amada, sino a convertirse en su “siervo”. ¡Actitud prodigiosa de auténtico creador por la cual representa el paradigma del perfecto estadista! A más de infundir la vida a una nación, se consagra a servirla, esto es, a garantizar la libertad y a organizarla; a darle una estructura político-jurídica, estatal, dentro de la cual preservando el hombre individual sus derechos inalienables e imprescriptibles, pudiera en paz y armonía convivir con sus semejantes. ¡Ésta es la grandeza del héroe, del estadista, del caudillo, que todo eso fue José María Morelos!

Por ello su nombre ocupa plano prominente en la historia de la independencia, y es con Hidalgo, pero no menor ni mayor, uno de los personajes más sobresalientes, no sólo del movimiento emancipador mexicano, sino del desarrollo histórico de México.

EL HOMBRE

Brotado del abundoso lino mexicano que se nutre en sangre de indios y españoles, esto es, de simiente mestiza, José María Teclo Morelos y Pavón nació el 30 de septiembre de 1765, en Valladolid de Michoacán, en una de las provincias mexicanas en las que el mestizaje biológico y espiritual se patentiza y acrisolá. Es ese mestizaje sano y justo equilibrio de esa doble confluencia, no predominio ni eliminación de uno de sus ingredientes sino armoniosa convivencia manifestada tanto en la presencia física de las personas, cuanto en las obras materiales y espirituales que de sus manos y mentes brotan. A más de ello, la provincia michoacana se sustenta fundamentalmente del campo, del trabajo agrícola que con tenaz y permanente laboriosidad ejecutan sus hombres. Seres recios y honrados, sufridos en la adversidad, siempre animosos, generosos sin ser pródigos, los michoacanos asentados en variadas geografías que les han obligado a enfrentar la vida con decisión y arrojo, tanto se superan en lo material cuanto en los afanes del espíritu y de la cultura.

Grandes virtudes posee la gente del campo, y si Morelos nació y vivió hasta los catorce años en la capital de su provincia —sede arzobispal y asiento de importantes instituciones culturales, de las mejores existentes en su tiempo y sólo comparables con las de Puebla y México— el inicio de su juventud, que no la adolescencia que es más dolencia urbana que rural, y su juventud plena, esto es de 1779 a 1790, la pasó en el campo, ganando el pan para él y su familia, ocupado de todos los afanes que el labriegto tiene.

A la vez que el incesante trajín campirano arreció su vigor y fortaleció su cuerpo y espíritu, también acrecentó su decisión, afianzó su ánimo y maduró su mente.

Suele la soledad y el alejamiento en el campo robustecer el carácter, desarrollar las cualidades del individuo de tal suerte que puede bastarse a sí mismo. La personalidad se acrecienta y las facultades físicas y espirituales se desarrollan libremente. Una base moral arraigada con firmeza constituyó además en el joven Morelos, el soporte de una vida sana y recta conducta. Si niño llegó al rancho de Tahuejo, cerca de Apatzingán, en plena tierra caliente, de ahí salió once años después, hombre recio, vigoroso, lleno de la sabiduría que la vida en el campo ofrece; sabiduría que permite otear el horizonte y entender el firmamento, percibir los peligros y secretos que la naturaleza guarda, penetrar el alma de los hombres con

quienes se convive y descubrir a través de sus ojos y palabras los secretos motivos que los mueven.

Buen conocedor fue Morelos de las tierras cálidas que desbordan el occidente de Michoacán y de Guerrero, de los caminos que cruzan la sierra Tarasca hacia las planicies del interior, y también hábil escudriñador del alma humana, del carácter de los hombres rudos pero leales y sinceros que pueblan esas tierras. Por ello, esos campos fueron siempre el escenario de sus proezas, y sus labriegos arraigados entrañablemente a sus suelos nativos representarán sus más fieles soportes en la lucha.

A los veintiún años, Morelos volvió a su natal Valladolid. No sabemos qué extrañas fuerzas le hicieron trocar su vida campirana por la quietud y el estudio en la ciudad.

Si en contacto con la naturaleza pudo entender la existencia de un ser superior, decidió servirlo al regresar a la levítica Valladolid. En 1792 ingresa por propia decisión en el Colegio de San Nicolás, en donde “cursó con aprovechamiento las clases de Mínimos y Menores”, como lo acredita la nota que su maestro el bachiller Jacinto Mariano Moreno le extendió, en la que se señalaba, que en ellas “procedió con tanto juicio e irreprensibles costumbres, que mereció ser premiado y distinguido entre sus condiscípulos. En comparación con éstos, la madurez y vigor obtenido en el campo le daba gran superioridad sobre sus compañeros, y por otra parte su mente ágil y dispuesta, impulsada por férrea voluntad y austera disciplina, le permitía sobreponerse en los estudios. De esta suerte, de San Nicolás pasó al Seminario Tridentino, en donde cursó con notable aprovechamiento las cátedras de filosofía, en las que obtuvo el primer lugar, y las de teología.

Tanto en San Nicolás como en el seminario, Morelos recibió de sus maestros y condiscípulos, entre quienes destacan el propio Hidalgo y José Sixto Verduzco, las ideas amplias y explosivas de renovación espiritual y política que la ilustración aportaba, y que la cruda realidad económica y social de la Nueva España, urgida de una transformación total, reclamaba. En esos planteles se ponían en tela de juicio tanto las viejas ideas como las instituciones, y la razón abría paso a las nuevas concepciones que sobre las formas de gobierno, organización de la sociedad y derechos del hombre y del ciudadano surgían de los autores ilustrados. Bajo la dirección espiritual de fray Antonio de San Miguel y don Manuel Abad y Queipo, notables reformadores sociales y culturales de San Nicolás y el Seminario de Morelia se abrieron a la modernidad y penetraron en ellos las nuevas corrientes filosóficas que

traían a discusión las estructuras políticas existentes, subrayando los defectos de que adolecían y la necesidad de transformarlas. El contacto con el pueblo carente de todos los bienes y sometido a penosas diferencias sociales justificaba la urgencia de reformas. Semilleros de inquietudes intelectuales y sociales, los colegios michoacanos, como otros de diversas capitales, realizaban magna labor renovadora y fomentaban los sentimientos revolucionarios en sus jóvenes estudiantes.

En la Universidad Real y Pontificia, en la capital mexicana, obtuvo Morelos su grado de bachiller en artes, en 1795. Al año siguiente, a petición del cura párroco de Uruapan, pasó Morelos a auxiliarle como maestro de gramática y retórica, habiendo formado aventajados discípulos. Capacidad de dirección espiritual y humana mostró Morelos en los dos años que permaneció en Uruapan. Ahí captó el desamparo espiritual y material del pueblo al que servía abnegadamente. El 21 de diciembre de 1797, de manos del virtuoso prelado fray Antonio de San Miguel, caracterizado por su amplia obra social, Morelos recibió las órdenes sacerdotiales. Un mes más tarde se le asignó el curato de Churumuco, inhóspito y miserable villorrio en el cual, por el mal clima y privaciones, no pudieron permanecer su madre y su hermana. En abril de 1799 trasladósele al curato de Carácuaro y Nocupétaro, en donde auxiliaba con la fuerza de la fe y su amplia caridad a sus feligreses. Ahí, en ese curato, sin la compañía de sus seres queridos y requerido por su humana virilidad, tendría de Brígida Almonte su primer hijo, Juan Nepomuceno. Otro más José, de Francisca Ortiz nacería en Oaxaca en 1814, así como una niña que vivía en Querétaro hacia 1815. Fue un hombre total, consciente de sus debilidades pero a la vez responsable de sus fallas. Íntegro, no mutilado, llevó con dignidad su rango eclesial, deslindando limpiamente el recto cumplimiento de su ministerio, de los desfallecimientos que sustenta todo lo humano.

Hombre de cabalidad fue Morelos, no santón de los altares cívicos. Genio y voluntad le elevaron por encima de sus contemporáneos. Su mente lúcida y natural inteligencia suplían sobradamente la erudición libresca que no había podido obtener. Respetaba a los hombres de mayor preparación y cultura, pero no temía exponer en su concurso sus ideas claras y rotundas y su libre y ágil pensamiento. Más que las ideas especulativas, le importó la angustiosa realidad en que el pueblo se hallaba sumido y de ella trató de sacarlo. Por eso dictó disposiciones breves y contundentes, prácticas y efectivas, buscando más su utilidad y aplicación que la forma legal que las cu-

briera. Hombre realista, sin desdeñar las discusiones teóricas de los abogados y hombres de luces a quienes confió la elaboración de las leyes, cada uno de sus actos y disposiciones revelan su deseo de resolver los problemas existentes, de dar solución a males concretos, de no dejar nada que pudiera afectar el desarrollo de su lucha, la profunda revolución que realizaba al tratar de mudar la estructura política del país, cambiando también y radicalmente, las injustas desigualdades sociales y económicas que padecía. Comprendió en el diario bregar con las clases desheredadas que siempre le rodearon, los problemas que les aquejaban, sus miserias, y las injusticias de que eran víctimas; las forzosas y vergonzosas limitaciones que se les imponían y su soterrada pasividad.

Cuando Morelos se percató de los males de su pueblo, trocó el cayado del pastor por la espada del soldado obligado a luchar contra poderoso enemigo. Sus altas dotes de conductor las mostró, tanto al organizar sus tropas constituidas de humildes lugareños y dirigirlas con acierto y valor en las batallas, cuando al trazar los lineamientos jurídicos y políticos que debían regir la vida de la nación. Militar y estadista son las otras facetas de Morelos en torno a las cuales conviene reflexionar un poco.

EL MILITAR

Forjado en severa disciplina, dotado de valor reflexivo, no temerario; de recia condición física, habituado a las fatigas del campo, a la inclemencia del sol y de la lluvia, a resistir sed, cansancio y hambre; provisto del genio de la guerra y gran capacidad de mando, Morelos fue el caudillo militar más sobresaliente de la insurgencia mexicana y uno de los más destacados, con Bolívar, Sucre y San Martín, en el movimiento emancipador hispanoamericano.

Si la guerra de independencia por sus profundas razones estalló como convulsa revolución social que explica la presencia de multitudes indisciplinadas e incontroladas, en las que rencor y odio de siglos producían sus excesos, esas masas, en lugar de facilitar la lucha la entorpecieron y dañaron. Allende, formado en la disciplina castrense fue el primero en intentar crear un ejército disciplinado y reducido, más fácil de mandar y de mayor utilidad; mas en esa etapa las masas representaron fuerza incontenible que desbordó toda acción y contribuyó al fracaso de la lucha.

Morelos consideró la guerra de insurgencia no como movimiento des-

tructivo, sino como medio de construir, a través del triunfo, una nación coherente. Conocedor profundo de la heterogénea composición de la sociedad novohispana y del valor de cada uno de sus grupos, evitó el enfrentamiento entre ellos, que la división existente se hiciera más profunda y trató de cohesionar al pueblo, unificarlo a través de un ideal común, en el que se sintieran todos ellos elementos integrantes y necesarios en la formación de la nación. De un pueblo dividido y débil quiso hacer una nación unida y robusta; de una colonia, hacer una patria, y para construirla era necesario combatir contra el enemigo común, aquel que bajo cualquier denominación quisiera mantenerla en sujeción y dividida. Bajo esta idea que revela sus altas dotes de estadista y conductor, Morelos decidió formar su ejército de hombres libres, no de desordenada masa de siervos.

Morelos, que creó su ejército en zonas de menor población que las del centro de México, comprendió la necesidad de tener fuerzas capaces, adiestradas y obedientes, y a formarlas se empeñó en los primeros meses. Carismático y acostumbrado a mandar, reclutó gente bien dispuesta que le siguió con entusiasmo y admiración, y cuando al poco tiempo se le unieron hombres igualmente valerosos y de gran capacidad de mando, como los Galeana, los Bravo los Ávila, Ayala y posteriormente Matamoros, buen conocedor de sus condiciones, compartió con ellos el mando, les confió el peso de la guerra y dio a su ejército la cohesión y dirección que le permitiría obtener sonadas victorias, a través de cuatro campañas militares, cuya proyección y alcances fueron semejantes a los que a través de los Andes realizaban los caudillos sudamericanos. Bien proyectadas y ejecutadas sus acciones, pudo el ejército insurgente triunfar en numerosos encuentros contra las más importantes fuerzas virreinales. Conoció también el amargor de la derrota de que siempre se repuso, y sólo cuando los hados torcieron el invisible hilo de su destino y le privaron de sus más famosos y aguerridos capitanes, su acción se anuló.

La decisión de Morelos para lanzarse a la guerra insurgente no surgió del momento, no fue producto de un movimiento espontáneo del espíritu que estimula voluntad y acción, sino obra reflexiva de una madurez de conciencia social y política que, nacida en los claustros de San Nicolás y el seminario vallisoletano, se engrandeció al contacto de la mísera realidad en que vivían inmensos núcleos de mexicanos. Si el anhelo de independencia se fraguó con las redes invisibles de los ideales mexicanos cultos y patriotas, tejidas desde las aulas de colegios y seminarios, sus planes políticos y su

realización significó otra trama que sagaz y furtivamente se tendió, a partir de 1808, por criollos y mestizos, por el amplio territorio novohispano comprometiendo a numerosas personas en un movimiento que tendría que ser realizado por las armas en un momento dado. Independencia política; organización de un estado nacional regido por principios democráticos y representativos; abolición de las desigualdades sociales y económicas; justa repartición de la riqueza —principalmente de la propiedad territorial— representaron los principios generales por los que se debía combatir. Un pensamiento coincidente impulsó la lucha en la cual los medios a emplear fueron en ocasiones diversos. Curas, militares, abogados, comerciantes, fueron los dirigentes que catalizaron la voluntad del pueblo: de campesinos, de trabajadores de minas y obrajes, de la gleba sin hogar y sin pan. Unidos por una aspiración común y comprometidos en la revuelta, se levantaron al toque de la campana que en Dolores hizo sonar Hidalgo, valientes seguidores que en compañía de sus feligreses, amigos, clientela del campo y de las pequeñas ciudades, lanzáronse a la lucha con la cual anhelaban conquistar al mismo tiempo que su libertad, una patria.

Morelos, al igual que otros eclesiásticos, licenciados y militares, salió a partir de septiembre de 1810 a engrosar el ejército de Hidalgo y a combatir por una causa común. En su recorrido de Dolores hacia Guanajuato, Valladolid y México, las tropas insurgentes recibieron notables jefes. En Charo e Indaparapeo el licenciado López Rayón se sumó al movimiento del cual sería sostenedor y consejero, y en las mismas poblaciones el cura Morelos recibiría el encargo de Hidalgo de extender el movimiento hacia la tierra caliente. En esos poblados los jefes de la insurgencia discutieron con amplitud sus fines y programas; planearon seriamente el futuro del país, su organización jurídica y política, su estructura social y económica. Breve y profundamente delinearon su acción, y cada uno en su campo se aprestó a realizarla, a cumplir la promesa sagrada de hacer una patria que ese día, el 20 de octubre de 1810, signaron.

A partir de ese instante, Morelos, una vez que en cumplimiento de su deber eclesial notificó a la mitra de Valladolid que dejaba el curato de Carácuaro, para cumplir la comisión que don Miguel Hidalgo le confiara de “pasar con violencia a correr las tierras calientes del Sud”, en compañía de un puñado de hombres de confianza se lanzó a la lucha, iniciando así lo que se ha dado en llamar su primera campaña, la cual, iniciada en Carácuaro el 25 de octubre de 1810, concluirá el mes de agosto de 1811 en Chilapa.

En su primera campaña se unieron a Morelos, Rafael Valdovinos en Coahuayutla; Marcos Martínez en Zacatula; en Tecpan, Hermenegildo, Pablo, Juan y Fermín Galeana; en Chihihualco, Leonardo Miguel, Víctor y Máximo Bravo, y el hijo de Leonardo, Nicolás; en Tixtla, Vicente Guerrero y en Chilapa Francisco Ayala; todos ellos acompañados de parientes y amigos, que les siguieron con lealtad y bravura. Este núcleo de hombres decididos y arrojados, disciplinados y ardorosos patriotas, fueron la base del ejército insurgente que puso en jaque a las tropas realistas, superiores en número y en armamento, comandadas por los militares criollos y españoles más acreditados, pero las cuales no tenían la mística encendida de aquellos que luchaban por obtener libertad y patria.

En esta etapa Morelos y sus hombres tuvieron triunfos significativos como el de Tixtla y Chilapa, pero también conocieron fracasos como el sufrido en su ataque a Acapulco, de febrero de 1811. Si en algunos encuentros los realistas fueron sorprendidos y vencidos, en otros mostraron a Morelos tenaz resistencia que llevó al caudillo a no subestimar a ese decidido enemigo, sino a enfrentarse con él, conociendo su superioridad numérica, disciplina y eficaz armamento, no sólo con enorme valor sino a través de maduros planes y severa disciplina. Si en Carácuaro Morelos conducía veinticinco hombres, y en Petatlán cerca de trescientos cincuenta de a pie y a caballo, al pasar por Tecpan y gracias al auxilio de los Galeana, su ejército ascendió a más de mil individuos; y además contaba con un pequeño cañón —“El Niño”— y buenas armas tomadas a los realistas. Dominaban sus fuerzas la tierra caliente de Michoacán y de Guerrero y aislaban el puerto de Acapulco, puerta de entrada del virreinato.

Después de la cruenta batalla de Chilapa, Morelos dio a su ejército el justo descanso que merecía; con el concurso de sus oficiales lo reorganizó, dotó de armas y municiones, disciplinó a los nuevos simpatizantes que se les unían en gran número; fijó a cada uno de sus hombres atribuciones específicas y procedió a establecer en la amplia zona que dominaba, a las autoridades civiles y militares que mantendrían el orden y la paz asegurando así la acción bélica. Por otra parte, al conocer durante su estancia frente a Acapulco la aprehensión de Hidalgo y sus compañeros, y seguro de la suerte que correrían pero esperanzado en el triunfo de la independencia, decidió proseguir la lucha iniciada. No desmayó un instante; la duda no envolvió su ánimo y fiel a sus ideales, al mismo tiempo que vigilaba el curso de la guerra, trazaba planes de la organización futura del país y dictaba amplias y efectivas dispo-

siciones llenas de noble y justiciero sentido social, las cuales impregnadas del ideario que Hidalgo y él sustentaban, serían la base de la transformación total de México.

En Chilapa inició Morelos, a la mitad de noviembre, su segunda campaña. Encaminóse primero a Tlapa que tomó fácilmente y de ahí ascendió hacia Chiautla de la Sal, que había fortificado Mateo Musitu, a quien derrotó e hizo fusilar. En este periodo se adhiere a sus tropas José Manuel de Herrera, a quien hará su confidente y más tarde su comisionado ante los Estados Unidos, y a quien confiaría a su hijo Juan Nepomuceno. En Chiautla, seguro del valor y aptitud militar de sus compañeros, dividió su ejército en tres cuerpos. El primero, al mando de Miguel Bravo, avanzó hacia Oaxaca; el segundo, dirigido por Hermenegildo Galeana, marchó hacia Taxco; y el tercero, comandado por él mismo, dirigióse hacia Izúcar en donde se sumó a sus filas el cura de Jantetelco, Mariano Matamoros, quien se convirtió en su brazo derecho y en su segundo, al frente del ejército insurgente.

Derrotando a entrenadas fuerzas virreinales, cuya artillería pesada llevó consigo, Morelos no ascendió rumbo a Puebla, la segunda ciudad de Nueva España, sino que se dirigió a Cuautla, a donde entró el 24 de diciembre de 1811. Tres días después partió hacia Taxco, tomada por Galeana, y de ahí al valle de Toluca, en donde sus fuerzas y las de Galeana vencieron a Porlier. Enterado en Toluca que Félix María Calleja con grueso ejército de más de cinco mil hombres, había destruido los contingentes de la Junta de Zitácuaro y arrasado a esa ciudad, y marchaba en su contra ansioso de acabar con la insurgencia, retrocedió a Cuautla en donde decidió esperar al enemigo fortificando la plaza, y hacia la cual ordenó a diversos contingentes se dirigieran.

Calleja, designado por el virrey Venegas, teniente general de los ejércitos, rodeóse de los mejores oficiales realistas: Ciriaco del Llano, Rosendo Porlier, Juan N. Oviedo y el conde de Casa Rul, quienes comandaban a más de ocho mil hombres dotados de artillería gruesa, todos los recursos de que disponía el gobierno, y frescas y aguerridas tropas llegadas de la península, como las de Asturias y Lovera, sumadas a los batallones de la corona, Guanajuato, patriotas de San Luis, columna de granaderos y los escuadrones de lanceros de México, Zamora, España y Tulancingo.

Los insurgentes eran mil infantes y dos mil hombres de a caballo más otros contingentes, entre ellos, trescientos enviados por la Junta de Zitácuaro y algunos campesinos indígenas y mulatos, salidos de las haciendas del valle de Amilpas y aledaños. Un total no mayor de cuatro mil hombres enfrenta-

dos al poderoso ejército realista, se encerró en Cuautla en donde la población civil que ahí vivía quedó a su cuidado. El día 17 de febrero Calleja y sus hombres acamparon cerca de Cuautla; al día siguiente Calleja intentó acercarse a la ciudad, pero fue rechazado por el propio Morelos, quien expuso su vida combatiendo a los realistas, y el día 19 Calleja inició el sitio de la ciudad que no se rompió sino hasta el 2 de mayo.

El sitio de Cuautla representa en la historia militar de México, la hazaña bélica más extraordinaria y sólo se compara primero, en el siglo XVI, con el sufrido por la capital azteca en Tenochtitlan frente a las huestes de Cortés; y segundo, con el que sufrieron las tropas mexicanas sitiadas por los ejércitos franceses en Puebla, en 1863. En esos sitios el valor, el sacrificio y el heroísmo del pueblo mexicano fue puesto a prueba, y en ellos se pudo advertir el arrojo convertido en voluntad de triunfar, la decisión de salvar a la patria ofreciendo la propia vida, y el férreo carácter de una nación que a toda costa trataba de defender su libertad. Si en los sitios de Tenochtitlan y de Puebla los invasores derrotaron al pueblo mexicano por falta de elementos y superioridad técnica y numérica, en el de Cuautla el pueblo se impuso, y en actos de heroicidad que superan toda descripción, los insurgentes rompieron el sitio y prosiguieron vigorosamente la lucha a favor de su independencia.

Setenta y dos días duró el sitio de Cuautla, durante el cual, tanto la población civil encerrada en esa ciudad, como las fuerzas insurgentes, sufrieron toda suerte de privaciones: hambre, sed, peste y metralla continua, que los realistas cada día en mayor número arrojaban contra ellos. Con el ánimo siempre en alto, mantúvose pueblo y ejército; y sólo cuando ante un descalabro total, agotamiento de víveres y privados de agua y posibilidades de contar con auxilio de fuera se pensó era preferible desalojar la ciudad, Morelos ordenó la salida el 2 de mayo. La ruptura del sitio fue igualmente heroica, pues el ejército insurgente cercado por todos lados, se disgregó con cuantiosas pérdidas, entre otras la de la noble figura de Leonardo Bravo, sacrificado poco después.

Por diversos caminos Morelos, Matamoros, Galeana, Miguel Bravo, Ayala y otros jefes, llegaron a Izúcar y a Chiautla, en donde repusieron sus fuerzas, congregaron a sus diezmadas tropas y trazaron los planes de sus futuras acciones.

Con ochocientos hombres bien armados y disciplinados y los que contaban sus lugartenientes: Galeana, Matamoros, Miguel y Nicolás Bravo, Morelos inició su tercera campaña. Prestar rápido auxilio a Valerio Trujano cercado

en Huajuapan, fue su primer acto. En esa ciudad infligió atroz derrota a las fuerzas de Régules, Caldelas, Juan de la Vega y Esperón, tomándoles cincuenta cañones, mil fusiles, abundante parque y numerosos caballos, con lo cual se repusieron de lo perdido en Cuautla. De Huajuapan los insurgentes marcharon hacia Tehuacán, que tomaron el 10 de agosto de 1812. La permanencia del ejército insurgente en Tehuacán y poblaciones vecinas, significaba cortar la vía principal de acceso hacia Veracruz, por donde el gobierno virreinal recibía, tanto auxilios militares como económicos. Hacia el sur, Acapulco mantenía aislado de la capital y en el centro numerosos efectivos merodeaban muy cerca de México. Dejar sin recursos al gobierno, desmorallizarlo y agobiarlo para proseguir la guerra, obtener auxilio del exterior y organizar al país, fueron las razones que movieron a Morelos para descender de Tehuacán a Orizaba, a la que tras cruentas acciones tomó, apoderándose de un gran botín militar y más de 300,000 pesos en plata. Para privar de recursos al gobierno, ordenó quemar cuantioso cargamento de tabaco que ahí se almacenaba.

En rápido ascenso volvió el ejército insurgente a Tehuacán, a donde llegó el 3 de noviembre. Sumaba entonces seis mil hombres que mandaban Hermenegildo y Pablo Galeana, Víctor, Miguel y Nicolás Bravo y Mariano Matamoros, auxiliados por los coroneles Vicente Guerrero y Félix Fernández, quien trocaría su nombre por el de Guadalupe Victoria. Antonio Sesma fungía como intendente general.

El 10 de noviembre, aumentado el ejército a diez mil hombres, sigilosamente emprendió el camino hacia Oaxaca, la ciudad más importante del sur del país, y la cual era paso obligado hacia el reino de Guatemala.

A través del cañón de Nochistlán, pasando por Teotitlán y la abrupta sierra que desemboca en el valle de Oaxaca, cruzó el ejército y estuvo a la vista de la verde ciudad, el 25 de noviembre. Oaxaca estaba defendida por el teniente general Antonio González Saravia, auxiliado por los generales Régules y Bonavia, que habían huido de Huajuapan. Bien pertrechado y defendido en fortines y conventos inexpugnables, el ejército virreinal fue destrozado por los insurgentes. Destacaron en la lucha como siempre, Hermenegildo Galeana, Félix Fernández, Ramón Sesma y el joven ingeniero militar Manuel Mier y Terán. El botín obtenido fue crecido. Armamento, plata, grana y algodón, aumentaron los caudales insurgentes. Políticamente el gobierno virreinal recibió duro golpe que repercutió en los territorios surianos, pues Mariano Matamoros avanzó hacia Chiapas en donde se detu-

vo. En Oaxaca, Morelos apoyó la aparición del *Correo Americano del Sur*, dirigido por Carlos María de Bustamante y dictó prudentes y enérgicas medidas civiles y militares, para afianzar un gobierno independiente.

Hasta febrero permaneció el ejército en Oaxaca. Reorganizado, armado, con vestuario nuevo y avituallado, el día 9 de ese mes, Morelos ordenó la marcha rumbo a Acapulco. Asegurada la vertiente del golfo por las fuerzas de Nicolás Bravo, que dominaban todos los caminos hacia Veracruz, y con numerosos partidarios en el centro y en el norte, Morelos trató de sujetar el litoral del Mar del Sur. Acapulco, que se le había resistido en su primer intento, representaba para el caudillo tremenda obsesión. El Pacífico le comunicaba no sólo con el septentrión novohispano, sino con puertos de América central y del sur, por donde recibía información de todo género, y por donde establecía contactos con grupos de criollos descontentos en el reino del Perú. Hacia ese puerto había que dirigirse y para ello, luego de ascender hasta Yanhuitlán y Teposcolula, dirigióse a Tlaxiaco en plena sierra mixteca y de ahí, a través de una cadena de montañas, de precipicios insondables, pedregosas e interminables tierras a veces metidas en las nubes, otras en cañones calurosísimos, que aún hoy día espantan a quien las recorre, pasó por Putla y San Pedro Amusgos, a donde llegó el 4 de marzo. Casi un mes tardó Morelos con sus fuerzas en recorrer ese trayecto. San Pedro Amusgos, la mitad o menos del camino a hacer, significaba ya el descenso hacia la tierra caliente. De ahí por Ometepec, San Marcos, Cacahuatepec, el camino, si bien cálido, era más fácil. Las pérdidas sufridas en ese trayecto las repuso en parte al adherírsele grupos de mulatos abundantes en esa zona. En rápidas jornadas Morelos y sus hombres llegaron a Acapulco, que había sido fortificado. De inmediato, Morelos, como acostumbraba siempre en forma caballerosa intimó rendición al capitán Pedro Antonio Vélez, quien la rehusó. Ataques a las posiciones altas que rodeaban al castillo y escasas habitaciones, fueron hechos por Galeana y Juan Ávila. El 12 de abril se dio la orden del ataque general de la plaza, que obligó a los realistas a hacerse fuertes en el castillo de San Diego. Por mar los españoles recibían auxilio, lo cual dificultaba la acción insurgente. Había que cortarlo y a ello se aprestó, como siempre, Galeana. Aislado el castillo, sin provisiones y sin agua y dentro de él también la población civil, su comandante rindióse a condición de que los prisioneros fueran respetados y se les hicieran honores de guerra, lo que caballerosamente aceptó Morelos. Así, el 20 de agosto de 1813, tras largo asedio, Acapulco fue tomado.

Si la captura del puerto mantenía la atención de Morelos, más le preocupaban su próxima campaña y la organización de la nación. Tenía fe en las victorias obtenidas por él y los caudillos que mantenían la antorcha revolucionaria en todo el país, pero esa victoria deseaba fortalecerla dando a la nación una organización política y jurídica que le permitiera vivir y desarrollarse autónomamente, pero dentro del marco del derecho que para él, como para muchos egregios mexicanos, ha sido el único medio para ser auténticamente libres: el derecho como norma fundamental, dentro del cual no son concebibles las diferencias sociales y económicas que son injustas; en donde pueda reinar la convivencia y el espíritu encuentre sus mejores expresiones; en donde la libertad tiene sólo un límite que es la libertad de los demás.

Desde el año de 1811, en que su prestigio militar se impuso, Morelos, primero a través de la Junta de Zitácuaro, luego independientemente, mantuvo estrecha relación no sólo con todos los jefes militares, sino con todos los partidarios de la independencia desparramados por el país. Recibió ayuda y consejo de multitud de personas simpatizantes de la insurgencia y a todos ellos no sólo los mantuvo unidos, evitando las divisiones que entre ellos surgían, sino principalmente cohesionándolos y fortaleciendo su espíritu patriótico; invitándolos a obtener la libertad, pero al mismo tiempo a colaborar en la organización de la nación a través de un gobierno respetado y respetable. La sociedad de los Guadalupes, integrada por toda clase de simpatizantes de la insurgencia, sirvió de enlace entre los jefes militares y vastos núcleos del pueblo. Morelos la aprovechó y a través de ella difundió la idea de la organización del país, que al licenciado López Rayón preocupaba tanto. Confío a los abogados, Bustamante, al propio López Rayón, tal vez a Azcárate en la capital y a religiosos enterados de la ciencia política, como fray Vicente de Santa María, la elaboración de las leyes que debían normar la vida de México, y pensó en la necesidad de coordinar esos esfuerzos, amalgamarlos, unificarlos mediante una reunión en la que los representantes de la nación pudiesen discutir libremente las bases de su organización y dar al pueblo un gobierno acorde con su momento histórico.

En todo esto pensó Morelos una vez tomado el puerto de Acapulco, de donde se apresuró a salir, pues la peste comenzaba a hacer víctimas entre sus hombres. Fray Vicente de Santa María, quien había ido a reunirse con Morelos para discutir sus proyectos constitucionales, fue una de las víctimas de la epidemia.

le llevó a cometer serios errores políticos, entre otros la designación del licenciado Rossains como su lugarteniente en sustitución de Matamoros; fracasada su idea de hacerse de Valladolid y establecer ahí la capital de la nación y la sede del congreso, se dirigió a la tierra caliente en pos del congreso, que al conocer su derrota le privó de su cargo de jefe del ejecutivo, puesto que el congreso reasumió.

El congreso, ante la amenaza de las fuerzas realistas mandadas por Armijo, había abandonado Chilpancingo y custodiado por Guerrero establecióse en Tlacotepec. En Chichihualco los realistas vencieron a las fuerzas de Galeana y avanzaron para aprehender, tanto a los constituyentes como a Morelos, que había llegado a Tlacotepec en busca del congreso. Por salvar al congreso que marchaba con gruesa impedimenta, Morelos estuvo a punto de ser capturado. Armijo apoderóse del archivo del congreso y de efectos personales del caudillo, entre ellos el retrato que un pintor mixteco le había hecho en Oaxaca. Internado en la sierra el ejército insurgente se desintegró, marchando el congreso rumbo a Uruapan y posteriormente hacia Apatzingán. Morelos descendió hacia Acapulco, en donde ordenó desmantelar la fortaleza y clavar los cañones para que no cayeran en manos de los soldados de Armijo y en represalia por la muerte de su lugarteniente, autorizó el degüello de los prisioneros. En rápida marcha y seguido por los realistas, que deseaban capturarlo por órdenes terminantes de Calleja, Morelos marchó con su mermada escolta a Tecpan, Petatlán, Zácatula, en donde se alejó de sus perseguidores. Galeana quien trataba de reunirse con Morelos, defendía entretanto valientemente el puesto del Veladero. Asediados por las fuerzas de Armijo, los insurgentes desbandaron y Galeana pudo arribar a Cacahuatépec, rumbo a la Costa Grande. Llegó hasta Coyuca habiendo aumentado sus efectivos con los leales costeños que conocían su valor. El 27 de julio, sorprendidas sus fuerzas, Galeana, al tratar de salvarse, herido en la cabeza cayó del caballo, y alcanzado por un soldado fue muerto y decapitado. “¡Acabaron mis brazos! ¡Ya no soy nadie!”, se cuenta que exclamó Morelos al conocer la muerte del más aguerrido y leal de sus amigos.

Si el desastre de Valladolid, la muerte de Matamoros y luego la de Miguel Bravo, destrozaron corazón y mente de Morelos, la pérdida de “Tata Gildo”, el bravo suriano, el brazo fuerte del caudillo, el hombre sin rencor y sin dolo, aniquiló a Morelos. El amargo tiempo iniciado en el rosado y verde valle de Guayangareo, se acaba cada día más y hundía a Morelos en terrible pesadumbre, de la que ni siquiera su resignada filosofía impregnada

en el *Eclesiastés*, con la que en esos días trataba de aquietar su espíritu, le consolaba y le hacía reanimarse.

Habiendo marchado a Atijo, en donde levantado su ánimo trató de organizar sus mermadas tropas, crear una maestranza y hacerse de armas, sabedor de que el congreso peregrinaba acosado por los realistas, decidió ir en su auxilio. Marcó a Ario pasando por Tiripetío, tomó el camino que baja a Apatzingán, en donde el congreso pudo concluir con la misión que Morelos le había encomendado: redactar la constitución de la nueva nación. El 22 de octubre de 1814, el *Decreto constitucional para la libertad de la América Mexicana*, fue proclamado en Apatzingán y ese día sería para Morelos, ya no de postración y lágrimas, sino “el día más feliz de mi vida”. La *Constitución de Apatzingán* firmada por D. José María Liceaga como presidente del congreso y diputado por Guanajuato. Dr. José Sixto Verduzco por Michoacán; D. José María Morelos por el Nuevo Reino de León; Lic. José Sotero de Castañeda por Durango; Lic. Cornelio Ortiz de Zárate por Tlaxcala; Lic. Manuel Alderete por Querétaro; D. Antonio Moctezuma por Coahuila; Lic. José María Ponce de León por Sonora; Lic. José María Argándar por San Luis Potosí; y refrendada por los secretarios Remigio de Yarza y Pedro José Bermeo, fue el monumento imperecedero que Morelos legó al pueblo mexicano; la obra más querida; mayor en grandeza que todas sus batallas; la aspiración más alta y noble de Morelos, cristalizada en medio de ingentes sacrificios, de varoniles lágrimas, de heroicos combates de semidioses.

La reunión del congreso en Apatzingán y la proclamación de la constitución, fueron noticias que exasperaron a Calleja, quien de inmediato ordenó a todos los efectivos disponibles emprendieran tenaz persecución contra Morelos y los representantes de la nación. El congreso, que había designado a las personas encargadas de los diversos poderes y difundido en el territorio ocupado por los insurgentes el *Decreto constitucional* de Apatzingán, comenzó, protegido personalmente por Morelos —convertido en el simple “Siervo de la Nación, a quien deseaba libertad y cuyas órdenes ejecutaba, no mandando ni imponiéndose”— a tratar de salir de la zona de peligro y dirigirse hacia las provincias de Oaxaca o Puebla, en donde fuertes reductos de insurgentes al mando de Manuel Mier y Terán y Guadalupe Victoria, podían significar el renuevo de una guerra victoriosa y la implantación definitiva de instituciones nacionales.

Habiendo pasado por Ario, en donde el núcleo insurgente estuvo a punto de caer en manos de los realistas comandados por Agustín de Iturbide, el

congreso, en rápidas y penosas jornadas dificultadas por el bagaje administrativo y la mala salud de los constituyentes, muchos de ellos totalmente ajenos a la vida militar y a la ruda existencia del campo, atravesó Puruarán, Huetamo, Cutzamala, y llegó al Vado de Tenango y Temalaca. Habiendo tenido dificultades para cruzar el río y sin recibir los refuerzos que constantemente reclamó a Sesma, a Terán y a Guerrero, el congreso fue alcanzado por las tropas de los realistas Villasana y Concha. Para evitar que la comitiva fuera hecha prisionera, Morelos ordenó a Nicolás Bravo escoltara al congreso y lo pusiera a salvo, y él trató de distraer a sus enemigos ocultándose en un bosquecillo en donde reconocido por antiguos seguidores suyos, entre otros Matías Carranco, fue hecho prisionero el 5 de noviembre de 1815.

El congreso pudo proseguir casi en desbandada su peregrinaje, e internarse con numerosas bajas en territorio dominado por los insurgentes. En Tehuacán, ante las desavenencias de sus integrantes y la dificultad de mantenerlo unido, Manuel Mier y Terán lo disolvió. El gran ideal de Morelos, por quien dio la vida, cerraba trágicamente su ciclo vital. Su inmenso mérito fue el haber proclamado la independencia mexicana y haber dado al país su primera constitución.

Morelos, en las feroces manos de Concha, fue llevado a Huixtenco, luego a Tepecuacuilco y de ahí conducido a San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), a donde llegó celosamente escoltado el 21 de noviembre. El virrey, temeroso de los alborotos del pueblo de México, cada día más insubordinado pese a las continuas represiones o por ello mismo, dispuso que por la noche se llevara a Morelos a las cárceles secretas de la Inquisición, en donde sería juzgado. Al día siguiente inicióse el juicio del héroe y el fallo del tribunal se dio el día 26, declarándole: "Hereje formal negativo, fautor de herejes, profanador de los santos sacramentos, traidor a Dios, al rey y al Papa", etcétera. El día 27 las autoridades eclesiásticas le degradaron, habiendo efectuado tal acto el obispo Bergosa, de Oaxaca, mortal enemigo de los insurgentes. El día 28 fue entregado al brazo secular. Habiendo sido sentenciado, Morelos fue conducido al edificio de la Real Fábrica de Tabacos (hoy la Ciudadela), en donde permaneció aislado hasta el 22 de diciembre, en que muy de madrugada, en un carro fuertemente escoltado, fue conducido a San Cristóbal Ecatepec, en donde se le fusiló frente al edificio que servía para que los virreyes reposaran y se prepararan a su entrada a México. Ahí, junto a la ribera del lago, cayó el caudillo del sur, el Siervo de la Nación, a quien había dado su vida para hacerla libre, grande y digna.

EL ESTADISTA

Pocos hombres en la vida de México han poseído virtudes de estadista. Algunos han estado bien intencionados, otros han sido arrastrados por la demagogia y las presiones de los partidos y varios no han sabido o podido tomar decisión alguna en beneficio del pueblo y de la patria. Morelos poseyó las condiciones que hacen de un simple ciudadano, un hombre de Estado. Bien interiorizado de la realidad política, económica, social y cultural del país, reflexionó en torno de ella, la apreció en sus justas dimensiones, dio e hizo cumplir disposiciones prácticas, efectivas, inmediatas, no promisorias ni tan generales, que fuera imposible acatarlas, tendentes a solucionar los graves males que aquejaban a la sociedad novohispana.

La historia cívica, ejemplificante, llena de sensiblerías y ausente de crítica, nos ha legado un retrato de los héroes de la independencia que no corresponde a la realidad. Al cura de Carácuaro se le ha pintado como un hombre rústico, carente de cultura y sólo buen militar. Cierto es que al lado de su maestro y algunos condiscípulos, Morelos poseía menor ilustración, pero no menor inteligencia. Conocemos los estudios que realizó y cómo alcanzó el bachillerato en la Universidad de México, a más de saber que cursó excelentemente difíciles disciplinas y enseñó con eficiencia en Uruapan, lo cual obliga a considerarlo como hombre con suficiente preparación. Dotado de mente agilísima, de pensamiento penetrante que se revela en las decisiones militares y políticas que tomó. Morelos poseyó una inteligencia natural que se nutrió de la sabiduría que da la vida, cuando se la vive intensamente y fortalece la reflexión honda y continua. No fue la suya, ya lo dijimos, una cultura libresca, mas sí aprovechó suficientemente el estudio de las obras básicas —las mejores de su época— de teología, filosofía, derecho y escrituras, que realizó en sus años de seminarista.

Concisión, hondura, capacidad razonadora, tuvo Morelos. Enraizado en la realidad de su época advirtió las carencias de la sociedad que le rodeaba, y para salvarlas dio medidas concretas y prácticas, no teóricas e ineffectivas. Miseria, servidumbre, desigualdad social y económica, ignorancia, fanatismo, constituyían los males más generalizados y para combatirlos realizó acción profunda y sacrificó su vida. Ansio transformar la sociedad de su época hundida por tan graves males, en una sociedad en la que reinara la igualdad, en la que todos gozaran del pan cotidiano, del limpio vestido y clara habitación; en la que las diferencias de raza, color y origen, no fueran ofensivas; en

la que no existiera sumisión absoluta de unos hombres ante otros, ni desconocimiento de los derechos esenciales que todos los humanos tienen; en la cual todo el mundo pudiera obtener el salario justo y oportuno y la instrucción que le permitiera elevar su espíritu, estimular su imaginación y poder creativo, afinar su sensibilidad, conocer sus derechos y obligaciones para defenderlos y cumplirlos sin permitir que las garantías fundamentales, que la colectividad tornó en convenio, fueran violadas. Anheló, como dirían quienes siguieron su pensamiento, "hacer de los siervos, ciudadanos", de los parias, hombres respetables, y que la sociedad integrada por muy diversos grupos, acislada a través de la vigencia y cumplimiento irrestricto de las normas fundamentales que contenían ese ideario, surgiera como auténtica nación, esto es, como confluencia de valores, todos igualmente dignos de respeto; como acuerdo de voluntades, aun la más pequeña, y como fruto de la participación de todos los mexicanos en su creación, lograda a través de una lucha que no era entre hermanos, sino contra el dominador.

En todos y cada uno de los actos de Morelos se contiene la totalidad o parte de ese ideario. Los documentos fundamentales que dictó para que sus indicaciones se cumplieran, están impregnados de ese sentimiento. En esos documentos se advertirá prístinamente el macizo pensamiento social del egregio de Valladolid. Son los suyos escritos sin grandilocuencia, pero impregnados de un humanismo vital y social, que en muy pocos testimonios de la historia mexicana encontramos. Ellos configuran no sólo la lúcida mente de Morelos, sino que lo retratan de cuerpo entero y representan la figura espiritual del hombre cuya imagen física ha quedado plasmada a través de la sensibilidad artística de muy diversos autores, en forma más o menos semejante.

Si la misión esencial del estadista es velar por la sociedad que tiene a su cuidado, vigilar continuamente su unión, tranquilidad, progreso, educación y subsistencia, vigilancia continua, permanente, sin desfallecimientos ni complacencias, la otra cara de esa misión es integrar a ese pueblo dentro de una unidad política y jurídica, que salvaguardando los valores tradicionales del pueblo y los inalienables derechos de todos los hombres, los configure dentro de una organización estatal, la más idónea, la más perfecta en su tiempo, pero también la más aplicable.

Para Morelos y todos los hombres de la insurgencia, fue innegable que había que sustituir la calidad de colonia que Nueva España tenía, por la de una nación independiente. Había que cambiar la estructura política y jurídica

que durante tres siglos nos había regido, que nos impedía autodeterminarnos y que además permitía la existencia de graves desigualdades sociales. Había que construir una nación en la cual los mexicanos eligieran, tanto la forma de gobierno como a los gobernantes que les dirigieran; en la que pudieran expresar libremente sus ideas, hacer oír sus aspiraciones y tomar las decisiones más justas y convenientes que la comunidad reclamara. A través de un consenso de voluntades la nación en quien residía la soberanía depositaba ésta en el Supremo Congreso Nacional Americano, el cual formaría un gobierno liberal, no tiránico, dividido en los poderes ejecutivo, legislativo y judicial.

Estas dos preocupaciones esenciales de Morelos representan las dos vertientes de su pensamiento, las que conforman su ideario general. Ante la imperiosa necesidad de hacer efectivas las medidas que dictaba que chocaban con muy arraigados intereses, reiteraba sus disposiciones, simple, llanamente, sin circunloquios. Sus firmes convicciones realistas, certeras, que motivaban su conducta y sus órdenes, eran las que otorgan a sus bandos y decretos la firmeza y conclusión que en ellos se advierte. Parcos razonamientos acompañaban sus disposiciones. No se trataba de explicar el mal, sino evitarlo. Se curaba a la sociedad sin necesidad de explicarle el diagnóstico de sus males. Sobre estos principios actuaba don José María Morelos.

Pero veamos algunos ejemplos. En la vertiente que atañe a la sociedad, a la justa igualdad que debe existir en ella, el pensamiento de Morelos resume las más nobles ideas que en los tres siglos de vida colonial se expusieron, para constituir "una cristiandad a las derechas", como dijera Vasco de Quiroga, o para formar una "nueva comunidad operante con los nacidos en esta tierra, de bonísima compleción y natural y aptos para todo", como afirmara fray Pedro de Gante y como lo asentaran también otros egregios como Las Casas, Garcés y más tarde los jesuitas humanistas: Alegre y Clavijero. Su pensamiento igualitario parte del humanismo vital que impregnó nuestra formación espiritual y cultural y que hizo posible, por un lado, que se dieran las *Leyes nuevas* en defensa de los indios y por el otro, que voces nuestras, como la de sor Juana, fuese considerada como la voz poética más excelsa, a finales del siglo XVII. Por la hondura y calidad de espíritu, el humanismo que nutrió mente y corazón de Hidalgo y Morelos, es equiparable, o tal vez superior al que se dio en otras latitudes, principalmente porque éste, consciente de la desigualdad humana que aquí existía, trató de superarla, posponiendo su puro sentido cultural e intelectual, para preferir el profundamente humano que constituye la enorme riqueza de esa corriente de pensamiento.

Alimentado en el humanismo vital y la cristiana caridad, Morelos trató a toda costa de sacar a sus hermanos de la penosa situación en que vivían, y constituir con ellos una sociedad y una nación justa, sin desigualdades de ningún género.

Por ello a los pocos días de haberse sumado a la rebelión que su maestro Miguel Hidalgo motivado por los mismos sentimientos iniciara, Morelos a la cabeza de aún muy contados leales, dio en su cuartel general de Aguacatillo el día 17 de noviembre de 1810, un bando en el cual expone el hondo contenido social del movimiento emancipador.

Si en él declara abiertamente una de las finalidades esenciales de la emancipación, la igualitaria, que exponen sucesivamente José María de Anzorena en Valladolid, el 19 de octubre; Ignacio López Rayón, en Tlalpujahua, el 25 de ese mismo mes y, finalmente en diciembre, Hidalgo en Guadalajara, todos coincidirán en que esa finalidad constituía una de las preocupaciones esenciales de Hidalgo y punto esencial de su programa. La coincidencia de opiniones en un punto esencial del ideario insurgente, revela la fuente común en que todos habían bebido y la clara conciencia de que el mal era general y que debían extirparlo.

Sin embargo, el bando de Aguacatillo no se limita a suprimir uno de los aspectos más afectivos de la sociedad novohispana, sino que trata de arrancar de raíz todos ellos, confundidos en una sola mata en la que se advertían los efectos de un mismo mal: la servidumbre humana, el desprecio del hombre, el castigo impuesto por el dominador común.

En estilo sencillo, claro, alejado totalmente de las formas jurídicas usuales, ajeno al lenguaje curialesco, Morelos comunica en nombre de Hidalgo a los mexicanos: el establecimiento de un nuevo gobierno en el cual no habría más denominaciones en el pueblo, que las de americanos y europeos, cesando la de indios, mulatos y demás que se aplicaban a las castas. Se determinaba la igualdad de todos los grupos y se suprimían las designaciones despectivas. Se borraban así, de un plumazo las denigrantes calificaciones que los mestizos de cualquier tipo recibían, y quedaba definitivamente establecido que en México sólo habría americanos, que serían los nacidos en este suelo, sin distinción de origen, y europeos que eran los extranjeros, los dominadores, a quienes se les negaría la posibilidad de ocupar un empleo, un puesto en la administración del nuevo gobierno.

Esta preocupación por terminar con la odiosa distinción de castas, la reitera Morelos en otras ocasiones, pues estaba tan arraigada en la sociedad

mexicana que era necesario esforzarse mucho para lograrlo. Más aún, la división de castas resultaba extremadamente peligrosa, pues enfrentaba con violencia a un grupo contra otro. Antes, durante y después de la lucha insurgente, hubo grupos y personas interesados en ahondar la división social existente, y en provocar guerras de castas. Una muy grave surgió en las costas de Guerrero y Oaxaca, promovida por algunos oficiales descontentos. Morelos advirtió de inmediato el peligro que representaba al país y al movimiento insurgente una guerra fratricida entre grupos raciales diferentes, y de inmediato la evitó y ordenó la ejecución de los promotores.

En el decreto del 15 de octubre de 1811, ante las amenazas de que se desencadenara una guerra de castas que precipitara “a la más horrorosa anarquía”, ordenó, “para cortar de raíz semejantes perturbaciones y desórdenes [...] no se hiciera distinción de calidades, sino que todos generalmente nos nombremos americanos [...] por lo que no hay motivo para que las que se llaman castas, quieran destruirse unas con otras; los blancos contra los negros, o éstos contra los naturales, pues sería el yerro mayor que podían cometer los hombres, cuyo hecho no ha tenido ejemplar en todos los siglos y naciones; y mucho menos debíamos permitirlo en la presente época, porque sería la causa de nuestra total perdición espiritual y temporal”.

Y dispuso reflexivamente y con gran justicia, liquidando totalmente las desavenencias: “Que siendo los blancos los primeros representantes del reino y los que primero tomaron las armas en defensa de los naturales de los pueblos y demás castas, uniformándose con ellos, deben ser los blancos por este mérito, el objeto de nuestra gratitud y no del odio que se quiere formar contra ellos”.

Muy fija estuvo en su mente la necesidad de establecer una igualdad social, y por ella luchó intensamente. A él se debe por vez primera en nuestra historia, ese noble principio, tendente a borrar las hondas y aflictivas denominaciones raciales surgidas desde el siglo XVI, pero más que las denominaciones, el trato desigual que se daba a cada uno de los grupos sociales. En todos sus escritos y en todos sus actos, Morelos mantuvo el noble ideal de formar una nación igualitaria, sin diferencias surgidas del origen, raza y color. Morelos, como la mayor parte de los próceres de la emancipación americana, hizo suyo el nombre de americano para aplicarse a todo ser nacido en nuestro continente. Ese alto ideal ecuménico que tendía a ligarnos, a luchar por una causa común, la de todos los hombres nacidos en este lado

del océano, desaparecería más tarde, cuando ese ideal se fue perdiendo debido a los egoístas intereses de los dirigentes políticos posteriores.

La segunda gran disposición contenida en este *Bando*, es la de la desaparición del tributo, cuya significación política era de vasallaje, resultado del sometimiento al vencedor y no aceptada contribución para el sostenimiento del Estado. Nadie pagará tributo, ordena Morelos, y más aún, si por otro concepto un americano tiene deudas, no las cubrirá; mas si los europeos deben a los americanos, estarán obligados a pagar. También suprime los estancos, los monopolios creados por la Hacienda Real, y sólo mantiene, para cubrir los gastos de la guerra, los más indispensables.

Finalmente, en este sencillo *Bando* cuyos principios se reiterarán en otros muchos, encontramos la finalidad mayor, la que liberaba de la sujeción total a una persona, la que prohibía por siempre existiera la esclavitud, mediante la cual no sólo se infamaba nominalmente a una persona, sino por la cual se le privaba injusta y perpetuamente de su libertad. Contra ese mal, combatido ya por el padre Las Casas y legiones de teólogos y juristas, mal que principalmente afligió a los negros y sus descendientes, Morelos da su *Bando* y amenaza a las personas que tuvieran esclavos, con duros castigos. Así este *Bando* del Aguacatillo concentra y condensa el ideario social de Morelos que fue el de la emancipación mexicana.

La otra gran preocupación de Morelos radica en el establecimiento del nuevo gobierno, en el cual el pueblo gozaría igualitariamente del fruto de su trabajo, realizado en las tierras que eran suyas. La mala distribución de la tierra, fruto de la dominación y explotación de tres centurias, originó medidas prácticas que Morelos dio para suprimirla, para permitir que todos los hombres pudieran gozarla equitativamente y vivir del fruto de su honrado trabajo.

La idea central del caudillo era: "Que los criollos gobiernen el reino" y señalaba, apoyándose en normas jurídicas incontestables y principios políticos irrebatibles que él exponía con enorme sencillez: "A un reino conquistado le es lícito reconquistarse, y a un reino obediente, le es lícito no obedecer a un rey, cuando es gravoso en sus leyes, que se hacen insoportables, como las que de día en día nos iban recargando en este reino los malditos gachupines advitristas".

Así expuestas las razones últimas que México tenía para proclamar su autonomía, Morelos coincidía con diversos jefes en la necesidad de dar al país, por lo menos durante el tiempo que la guerra durase, una jefatura que

coordinase a todos los grupos insurgentes y que elaborase las bases de un gobierno más estable. En una carta que escribe a Rayón el 4 de septiembre de 1812, le notifica que está de acuerdo con que él, Rayón, presida la Suprema Junta Nacional Gubernativa, auxiliado por don José Sixto Verduzco y José María Liceaga, y en misivas posteriores, ante la remisión que López Rayón le hace de una serie de principios políticos y jurídicos, de acuerdo con los cuales debe el país organizarse, señala a Rayón: "se le quite la máscara a la independencia, porque ya todos saben la suerte de nuestro Fernando VII". Esta recomendación dada a Rayón el 2 de noviembre de 1812, que sería la que privaría en el futuro, mostraba al político realista y audaz, de amplias miras, a aquel que deseaba mostrar abiertamente los principios por que se luchaba, los de la total soberanía de la nación e independencia sin tener que usar el nombre del monarca, para atraer adeptos.

Meses más tarde, cuando Morelos sintió que sus fuerzas obtendrían la rendición del castillo de Acapulco, y que era urgente convocar a los principales jefes y simpatizantes de la independencia para que constituyeran "un congreso compuesto de representantes de las provincias", dispuso se reunieran en Chilpancingo. En esa ciudad, el 14 de septiembre dictó a su secretario Andrés Quintana Roo, el documento más importante que resume su pensamiento político, y que tituló *Sentimientos de la nación*, dando a entender con ese nombre, que los principios que en él se contenían, representaban los anhelos y aspiraciones que la nación entera por él representada en ese acto, deseaba se convirtiera en órdenes, en disposiciones normativas que rigieran su vida futura. Los *Sentimientos de la nación* son la *summa* del pensamiento insurgente, la totalidad de las aspiraciones que la nación y todos y cada uno de sus miembros tenían respecto al "nuevo gobierno" que debería establecerse. Sus veintitrés puntos resumen el ideario que legiones de mexicanos constituyeron a través de largos años de meditaciones, de anhelantes angustias, de duros sufrimientos. Si Morelos, Rayón y otros dirigentes siempre señalaron que su pensamiento estaba acorde con el de Hidalgo y que las ideas que exponían derivaban de las que habían conversado con aquél, es indudable que los *Sentimientos de la nación*, inspirados en el noble y alto pensamiento del cura de Dolores, representan la condensación simple, limpia de toda hueca retórica y de todo formulismo legalista, que el humilde cura de Carácuaro hizo del ideario insurgente.

Morelos no era jurista, mas tenía un sentido innato de la justicia. Respetaba a los hombres de toga y a ellos confió la redacción de la constitución y la

elaboración de las leyes. El derecho cuyo imperio absoluto era una garantía, debía ser acatado y ser “superior a todo hombre”, y a través de él debía lograrse vigilancia o constancia continua de gobernantes y gobernados; aumento del patriotismo y también la fuerza que moderara la opulencia y la indigencia, fijando salarios justos, posibilitando a todo el pueblo un mayor grado de ilustración y un ocio constructivo con lo cual se evitaría la rapiña y el hurto. Como fuerza rectora, el derecho debía ser elaborado por hombres sabios y aplicable a toda la sociedad sin excepción, en la cual las personas pudieran ejercitar sus virtudes y dominar sus vicios.

Altísima concepción del derecho tuvo Morelos, y esa concepción la expresó en los veintitrés puntos que presentó al *Congreso de Chilpancingo*, el cual a través de una comisión que designó ex profeso, elaboró nuestro primer código fundamental. Antes de la reunión del congreso en Chilpancingo, Morelos había auspiciado y apoyado la elaboración de diversos anteproyectos constitucionales que realizaron Carlos María de Bustamante, fray Vicente de Santa María y otros publicistas, y cambiado amplias impresiones con ellos y con Ignacio López Rayón. A estos hombres sabios confió la formulación de la constitución y él, como generalísimo, entregóse a la lucha armada cuyo triunfo, así lo deseó, representaría la base sobre la cual podían hacerse efectivas las normas elaboradas por los legisladores de la nación.

Entendió también Morelos que la nueva nación no podía permanecer aislada, que era indispensable fuera reconocida y apoyada por otras potencias, y tuviera en el concierto de las naciones libres una posición respetada. Ello indujo a tratar de establecer relaciones con otros países: los Estados Unidos y los países independientes de la América del sur, hacia donde envió diputados para que solicitasen ayuda y reconocimiento, y concertasen pactos de auxilio mutuo, y más que eso, una serie de relaciones político-económicas que posibilitaran la creación de un bloque de naciones hispano-americanas, ligados por lazos histórico-políticos y comerciales benéficos para todos. Amplia proyección internacional de su pensamiento y un anhelo de mantener a toda costa el sentido ecuménico del americanismo, es lo que se advierte en sus escritos y acción.

Como base esencial del desarrollo total del país, Morelos piensa en todo momento en la necesidad de impulsar la instrucción pública, la educación de la sociedad la cual sólo se obtendría mediante la creación de un sistema cultural-educativo, que a la vez que fomentara el adelanto intelectual del pueblo, le permitiera nutrir su espíritu, fortalecerlo para hacerlo capaz, no

sólo de elevadas y nobles creaciones, sino también para que, conociendo y apreciando sus derechos, los pudiera defender de cualquier atentado. Precioso ciclo transformador fue el ideado por Morelos. Seguro de las altas cualidades que el mexicano tenía, "apto para todo y de bonísima compleción y natural", Morelos ansiaba se pudiera cultivar, forjar su carácter y edificar un "nuevo gobierno", asentado en el derecho que impusiera paz, igualdad, justicia, dentro del goce amplio y sano de la libertad.

Tal aparece en los escritos que deben ser siempre leídos y meditados por todos los mexicanos. De su elevada nobleza, surge su recia figura como símbolo de fortaleza, de impulso vital que siempre debe existir en todo mexicano.

En El Olivar, en fatigado mes de julio